

Biombos y espejos. Francisco Herrera en su legado

Ana Sofía Pérez-Bustamante
(Universidad de Cádiz)

A veces algo que no esperábamos suscita en nosotros una íntima vibración. Me sucedió cuando fui a ver la exposición que organizó el Área de Biblioteca, Archivo y Publicaciones de la Universidad de Cádiz para dar a conocer el legado de Francisco Herrera Rodríguez (1957-2023), médico y Catedrático de Historia de la Enfermería de esta institución.

Las cosas suceden por afinidades de condición y circunstancia. La circunstancia es el hecho de que mis hermanos y yo estamos en proceso de donar a la UCA la biblioteca de nuestro padre, y la exposición de Paco Herrera me conmovió a partir de un pequeño detalle: un bote de cristal con lápices diminutos entre los que flotaba un apuralápices plateado, una pieza de los tiempos en que nada se desperdiciaba porque todo se adquiría con esfuerzo y ese era su valor. A partir de este detalle me di cuenta del amoroso cuidado que subyacía en aquella exposición concebida no solo desde el conocimiento sino desde la intimidad. Y es que, junto a la Jefa de la Sección de Colección y Patrimonio, Lourdes Rosado, y la bibliotecaria Inmaculada Palacios, la artífice del diseño había sido Carmen Fedriani, la esposa, compañera, colaboradora y finalmente albacea de Herrera.



A Paco lo conocía yo de vista. Ambos formábamos parte de ese mar de fondo de los actos culturales en Cádiz. Conservo la imagen de un hombre afable, culto, discreto y educado. Mi padre sí lo trató porque organizaron juntos el IX Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, celebrado en Cádiz en 2005, y lo tenía en alta estima. Pero fue al ver esta exposición cuando lamenté no haber conocido a Paco. Con esta impresión me apeteció escribir unas palabras de reconocimiento. Mi atrevimiento no hubiera sido posible sin la mediación de mi amiga Mari Paz Fernández, que me acercó a Carmen Fedriani: ella, junto a los textos de Francisco Herrera, son las fuentes de lo que sigue. Mi agradecimiento pues a Carmen, a su generosidad, su rigor y su paciencia.

En la línea más noble de los médicos humanistas, Francisco Herrera tuvo dos pasiones que supo conciliar en su dimensión profesional: la medicina y la literatura. Era un enamorado de ambas disciplinas y un incansable rebuscador en librerías y mercadillos. De la medicina a la literatura no hay distancia porque, como él mismo decía, ambas son disciplinas narrativas. Y si la medicina es clínica, la literatura ahonda en aspectos del ser humano que para el médico son invisibles. Herrera recogía en su libro más personal, *Las enfermedades de Sísifo* (2011), el arranque del ensayo *La enfermedad y sus metáforas* (1978) de Susan Sontag: “La enfermedad es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más cara. A todos, al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos”.

La exposición de la UCA estaba dividida en varias secciones: libros de medicina, de literatura, recuerdos más personales, su tesis doctoral (que trataba sobre las tesis leídas en la Facultad de Medicina de Cádiz en el siglo XIX), correspondencia con otros estudiosos de Historia de la Medicina y de la Ciencia (como Luis S. Granjel, Francisco Guerra y José Manuel Sánchez Ron), tesis doctorales dirigidas, la producción científica y literaria del propio Herrera, secciones monográficas sobre médicos gaditanos o vinculados a Cádiz que fueron objeto de su investigación (su tío Manuel Gutiérrez Rodríguez, Federico Rubio, Rodrigo Lavín y Luis Urtubey) y, finalmente, la colección de sellos que promovió junto a Pepe Lasarte y Antonio Valiente dedicados a ilustres médicos gaditanos, tema de uno de sus libros. A lo que hay que sumar sus dibujos, retratos y fotografías, los recuerdos de las exposiciones que comisarió, las distinciones que recibió (como la Medalla del Centenario del Colegio de Enfermería), objetos relacionados con figuras que admiraba (un busto de Maimónides de Córdoba, una medalla de Vesalio, una foto de Francisco Giner de los Ríos), materiales que le enviaron como Amigo de la Residencia de Estudiantes que fue, un ejemplar de la Constitución de 1978 firmado por todos sus “padres” (salvo Jordi Solé Tura, que no estaba disponible en el momento), un trozo del drago de la Facultad de Medicina (le gustaban mucho los árboles), un facsímil de los materiales de la Fundación Manuel de Falla relacionados con el I Concurso de Cante Jondo de 1922 en Granada (porque era un apasionado del flamenco)... Toda una vida proyectada en mil objetos parlantes capaces de suscitar interés, admiración y simpatía.



Yendo por orden, allí estaba su foto de niño en un aula del colegio del Rebaño de María, y uno de los primeros libros que leyó, la vida de Juana de Arco, dedicado por sus padres. También un recuerdo querido, el de la huerta de su abuelo, que era tonelero de profesión. Leo una prosa incluida en la colección *Biombos y espejos*, que Carmen acompañó en la exposición con un dibujo del abuelo materno hecho por Paco y una foto de la puerta verde, lo único que quedó de la huerta:

La huerta era un recinto murado, con una puerta de latón pintada de verde esperanza, cuando se abría era el paraíso sin tiempo, allí nada malo podía pasar, allí siempre las manos tranquilas del hacedor de toneles que no se sabe cómo sobrevivió a la guerra y a las cárceles de la posguerra [...] aquel refugio del carpintero, del hortelano, era para siempre. [...] Hoy donde la carpintería y la huerta, donde la puerta de latón verde, varios bloques de pisos ciegan la marisma y la luz del poniente. Ya no hay paraíso y sabemos que nosotros somos el tiempo. (Herrera 2020: 46).



Nacido en el 57, Paco no era exactamente un niño de posguerra, pero sí tenía recuerdos como este que se desliza a propósito del cine Brunete:

Aquel niño de los sesenta ni pensaba que el nombre de Brunete pudiera tener relación con una Guerra Civil, ni siquiera había escuchado hablar de una guerra, pero en ocasiones sí percibía el miedo en la casa, en los padres y en los abuelos callados. A veces, un comentario ingenuo por la calle... *¡Mamá ahí va el coche de la carne!*...tenía una rápida respuesta... *¡Niño, cállate, ni se te ocurra decir eso...!* El niño se preguntaba por qué, si era verdad, el coche que pasaba delante de ellos era el del Matadero, pero no le daba más vueltas (Herrera 2020: 61)

En otros textos (“Los delfines”, “La beca”) evoca a su padre, que trabajó en la mar, y a su madre, que obtuvo para él una de las becas que concedía el filántropo Elías Ahúja. Eran tiempos difíciles en los que Paco simultaneó la secundaria con estudios de taquimecanografía en la academia de Marcela Blanco y también de perito mercantil, porque sus padres no tenían claro si podrían costearle una carrera universitaria, como finalmente sucedió. Francisco Herrera fue un hombre que se hizo a sí mismo sin sospechar que un día el salón de actos de la Facultad de Enfermería y Fisioterapia llevaría su nombre.

Era Paco un enamorado de Cádiz que disfrutaba haciendo de cicerone de la ciudad para sus colegas y amigos. Muchos compañeros han recordado en sus necrológicas los gustosos paseos y la hospitalaria erudición que los acompañaba. Esa fascinación por su ciudad natal asoma en sus fotografías, presididas por la luz, una luz que transustancia y redime la realidad. Cuando el argentino Roberto Arlt visitó Cádiz, en 1935, hizo un comentario curioso sobre el carácter de los gaditanos: “Me explicaría semejante alegría en un pueblo donde la prosperidad estuviera en auge, pero aquí, [...], no la comprendo” (Herrera 2020: 58). Yo creo que la alegría tiene que ver con la luz, porque “alegre” viene de *alacer*, *alacris*, que significa “vivaz”, “entusiasta”, “ligero”,

“veloz”, “alegre”. Y estos atributos de la luz se proyectan sobre un horizonte azul que parece infinito.



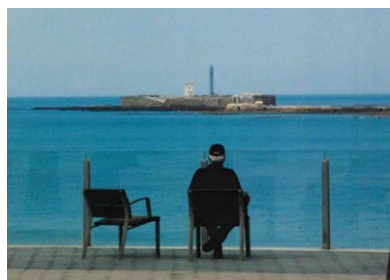
Pescador de luz (2021)



Disidencia (2006)

Ser de Cádiz también tiene que ver con la experiencia de la pobreza. Herrera, como Pío Baroja, era muy sensible al dolor ajeno. Entre sus libros de medicina figura una edición de *El médico de los pobres, con 2000 recetas útiles*, del Doctor Beauvillard, una obra de divulgación de 1911 de un médico que se preocupó por formar a las clases más humildes. Muchas de sus viñetas literarias tienen que ver con vagabundos y mendigos, con gente enferma y apurada, con el final de la vida, como esta que se titula “Viejos”:

Los viejos están detrás del cristal con miradas que preguntan cómo han llegado a esa pecera sin oxígeno. No tienen fuerzas para bracear, solo para mirar. Tanta guerra y tanta posguerra para qué. Al otro lado del cristal hay un parque con olmos, robles sedosos, acacias y adelfas. Detrás del parque está el mar con sus promesas de días felices, de veranos eternos y atardeceres que se abrazan en el poniente. Nada de eso ven ya, saben que la vida es un viaje raro que acaba detrás de un cristal y que cuando por fin lo rompan ahí estará el mar, ese otro mar que no conoce luz ni fatiga ni historias que contar. (Herrera 2020: 49)



Ausencia, 2019

Detrás de la imagen de la pecera puede estar esta reflexión de Harold Pinter: “Antes nunca había estado enfermo [...] es como si te lanzaran a un océano en que no puedes nadar” (Herrera 2011: 18). El texto, de otro lado, está en sintonía con una reseña que apareció ese mismo año de la pandemia donde se comentan tres libros: *De senectute*, de Cicerón (45 a.C.), *La vejez* (1970) de Simone de Beauvoir, y *La soledad de los ancianos* (2019), de José Antonio Hernández Guerrero.

Enfermedad, marginalidad y humor convergen en la semblanza del simpático Eloy Gómez Rube (1952-2008), bedel de la facultad de Filosofía y Letras a quien capta muy bien en su personalidad tan rebelde y egocéntrica como vulnerable, tierna y casi inocente:

–¿Te acuerdas, Eloy, de cuando tú eras algo así como el Bukowski de Eritheia?
–Yo era más transgresor que Bukowski, joder, ¿quién había escrito o hablado aquí, en este pueblo, de drogas, porno, gais y lesbianas?
–En algún recital tuyo las sillas volaron por encima de las cabezas y al día siguiente todo el mundo se apartaba cuando pasaban cerca de ti.
–¡Fernando, no! Fernando se sentaba conmigo en una cafetería de la Calle Grande y me decía: “Aquí sentados los dos, que nos vean, a ver quién te sopla en un ojo”. [...]
–Eran los tiempos de vivir o el limbo, ¿sigues pensando así?
–Ahora tengo los pulmones de aluminio, aquellos canutos me han destrozado los pulmones, pero todavía tengo fuerzas para la pelea. El médico, el muy cabrón, me ha dicho que no llego a Navidades, por mis muertos que llego más allá de enero y llevo a mi madre a Roma, tengo que llevar a mi madre a Roma, ¡qué cabronazo el médico!
(Herrera 2020: 55)

Y humor y calamidad se dan la mano en su serie fotográfica “Pandemia”.



Pandemia 6 (2020)



Pandemia 7 (2020)

El amor a Cádiz es memoria de sus tesoros y dolor por su abandono. Así lo muestra una foto del patio de la casa donde vivió José Celestino Mutis. Una foto que titula “Mutisia” (como la flor a la que Linneo puso el nombre de Mutis), que hace juego con un texto que se titula igual.

En la calle que empieza en el corazón de una plaza y termina en el mar, un brocal guarda la voz de un niño, fanal que alumbró las estrellas de América, los árboles de la selva y las pizarras de las escuelas, allí donde empieza el sur las aguas de un pozo discurren bajo los pies de vidas malheridas y custodian como un tesoro, para que no se olviden los hombres, los ecos de la Ilustración. (Herrera 2020: 67)



Mutisia (2018)

Como historiador Herrera era discípulo de Clío, la musa de la historia, a la que dedica una foto y un pequeño texto juguetón y sutil, lleno de matices:

Clío

Cliófilo, sí; pero, no todo el tiempo. Clioherido, sí; pero sin que llegue la sangre al río. Cliófobo, no; pero, sí algún rato que otro. (Herrera 2020, 69)



Las manos de Clío (2018)

La ironía sobre la investigación y la vida universitaria se explaya en este otro texto titulado “Papeles viejos”:

Casas, cosas, papeles viejos olvidados en los archivos y en los entresuelos del olvido. Nadie los quiere, pero cuando una mano les quita el polvo y les infunde primavera, legiones de córvidos sobrevuelan y calculan ávidos las rentas y los sexenios que conceden los ministerios. (Herrera 2020: 45)

A tenor de los comentarios que hace en sus escritos, sabía mucho Herrera de las sombras profesionales de la medicina y la universidad, de la ambición pervertida en traición, codicia y vanagloria. Él siempre defendió y practicó la vocación altruista.

Junto a la investigación está la dimensión docente de Herrera, un profesor querido por estudiantes y colegas. En la necrológica que Paco le escribió a la enfermera Carmen Chamizo Vega se formula el secreto del buen docente: “Lo importante no es enseñar sino aprender” (Herrera 2016: 115). La docencia, como sabía la Institución Libre de Enseñanza, es ante todo un diálogo cargado de futuro.

Entre los tratados profesionales expuestos en la sala de los libros del Edificio Andrés Segovia la literatura irrumpía con una humorada de Pedro Muñoz Seca, *Las inyecciones o El doctor Cleofás Uthoff vale más que Voronoff* (1927). Al lado, un curioso ejemplar obra de Cándido Asensio García: *Cultura para el tuberculoso* (1941), algo que tiene lógica porque numerosos escritores se formaron durante largas convalecencias de la tisis que atravesaron enfrascados en la lectura.

A Herrera, fetichista, le gustaba conservar libros dedicados. En la exposición se podía ver el delicado *Libro de las máscaras* de Javier Vela, las *Postales* de Josep Pla, *Las formas de la luna* de Felipe Benítez Reyes, o la *Antología* (1980) de José Hierro preparada por Aurora de Albornoz. Aquí le dibujó Hierro un racimo de uvas. Otros libros están firmados por Cristina Peri Rossi, José Ramón Ripoll, Pedro Sevilla, Héctor Abad Faciolince, José Manuel Caballero Bonald... *La canción del pirata*, dedicada por Fernando Quiñones, se la regaló su amigo el librero Juan Manuel Fernández, que se la envió acompañada de una airosa dedicatoria en estilo cervantino. Juan Manuel tenía en su librería Manuel de Falla un santuario quiñonesco. Paco era un entusiasta de Fernando y otros paisanos tan relevantes como Rafael Alberti, Carlos Edmundo de Ory, Julio

Mariscal o Ana Rossetti. También compartió su placer de lector escribiendo muchas reseñas para revistas como *Llull*, *Temperamentum* o *Cultura de los Cuidados*.



La canción del pirata (2006)

Francisco Herrera con Juan Manuel Fernández

El ensayo *Las enfermedades de Sísifo* despliega certeras “Reflexiones sobre literatura, medicina y enfermedad”. En él nos asomamos a las andanzas del poeta Walt Whitman como enfermero durante la guerra de Secesión. Aprendemos que Conan Doyle fue antes que nada médico, y que Sherlock Holmes se inspira en un profesor que tuvo, Joseph Bell, famoso por sus dotes de observación y su sorprendente capacidad inductiva y deductiva. A través del doctor Luis Sánchez Granjel accedemos a las neurosis de Unamuno, bella y justamente calificado en su polifacetismo como “varón de muchas almas”. Herrera se fija en una imagen poética donde los latidos son “pasos del corazón”. El diario de Gregorio Marañón nos asoma a las Hurdes de 1920, donde “Muchos de los vecinos no han comido jamás pan. Algunos pasan días enteros sin comer más que alguna yerba”, y se caen al suelo de hambre. El descubrimiento de la penicilina se asocia a su uso bélico en la II guerra mundial, cuando ingleses y americanos la utilizaban como recurso militar para salvar las vidas de sus ejércitos, y Graham Greene ficcionó el contrabando y adulteración del escaso y carísimo antibiótico en la Viena de 1947 en el guion (luego novela) de la película *El tercer hombre* (1949). Las enfermedades contadas desde dentro por grandes escritores son una fuente de conocimiento, ya sea el sida de Harold Brodkey (valientemente contado en *Esta salvaje oscuridad*, 1996), la angina de pecho de José Luis Sampedro (*Monte Sinaí*, 2001) o el linfoma del periodista José Comas (*Crónicas del linfoma*, 2004-2008). Todas estas lecturas dan pie a interesantes reflexiones sobre la profesionalización de la enfermería, la incorporación de la mujer al mundo sanitario, la generosidad y humildad aconsejables en la profesión del médico, la manipulación social a través del miedo a enfermedades tabuadas o la eutanasia como derecho a la propia muerte. Hay citas sobrecogedoras, como esta de Brodkey: “la enfermedad me vuelve tímido; estar enfermo se parece a la sensación de verse desnudo en público durante un sueño” (Herrera 2011: 145); o esta otra, tan perspicaz, de José Luis Sampedro sobre un abrazo que le dio una doctora: “el abrazo, aun sin concretar mi destino, me demuestra que alguien necesita salvarme” (2011: 168).

Leer lleva a escribir. Sobre el porqué de la escritura recoge una reflexión muy certera de Julio Ramón Ribeyro: “Comprendí entonces que escribir, más que transmitir un conocimiento, es acceder a un conocimiento” (Herrera 2020: 58). Herrera dialoga con sus autores favoritos en pequeñas prosas poéticas. Su colección “El río de

Heráclito”, de 2017, se abre con una cita de Borges: “El río me arrebató y yo soy ese río”. Esta colección me parece bastante pesimista.

Su segunda entrega de prosas breves, de 2020, le debe el título a Juan Ramón Jiménez: “Biombos y espejos. La vida”. En ella abundan los homenajes literarios. Se nota lo mucho que le gustaba Caballero Bonald, con quien compartía el amor por un paisaje común y un sentimiento de ebriedad ante la belleza:

A C. Bonald

Los estorninos arbolizan en el atardecer de Eritheia, mañana verán el amanecer de la Argónida. El mosquitero de Hume merodea los álamos, aparece en las altas ramas y se esconde. Pájaros, pájaros que burlan al tiempo, que burlan al olvido. Nadie se da cuenta de que pájaros y árboles hablan sin que nadie los escuche. (Herrera 2020: 43)

Otro autor preferido era García Márquez, a quien le escribió un padrenuestro: “Gabo nuestro, que estás en Macondo, versificado sea tu nombre; venga a nosotros la magia y hágase la poesía en el Magdalena de nuestros sueños [...]” (Herrera 2020: 45).

Hay en esta valiosa colección, junto a las prosas más poéticas, otras que son semblanzas, anécdotas, pensamientos o pequeños relatos.

Sí, qué lástima no haber tratado a Paco Herrera, de quien tanto estoy aprendiendo y más podría haber aprendido. Menos mal que queda su legado.

Se me ocurre aquí, en la despedida, aplicarnos a nosotros la graciosa manera en que el agudo José Comas se refería a sus lectores, colegas y amigos como un “cuerpo místico” que le ofrecía “múltiples variantes de apoyo, amor y solidaridad” (Herrera 2011: 186). Sí, es hermoso considerarse cuerpo místico de una persona querida y respetada. Acéptanos así, Carmen Fedriani, a la vez que te damos las gracias por la amorosa entrega que pones cada día en la catalogación del legado de Francisco Herrera Rodríguez.



Cádiz, 11 de marzo de 2026

Bibliografía

- Exposición “Humanismo y Ciencia: el legado de Francisco Herrera” (2025), *Caleidoscopio* (UCA), <https://caleidoscopio.uca.es/s/humanismo-y-ciencia-el-legado-de-francisco-herrera-rodriguez/page/welcome>
- Herrera Rodríguez, Francisco (2011), *Las enfermedades de Sísifo. Reflexiones sobre literatura, medicina y enfermedad*, Cádiz.
- _____ (2016), “La historia de Paulina”, *Cultura de los Cuidados* (Edición digital), 20, 44. <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2016.44.12>
- _____ (2017), *El río de Heráclito*, *Cultura de los Cuidados* (Edición digital), 21(49), pp. 35-40. <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2017.49.04>
- _____ (2020), “La soledad de los ancianos, de José Antonio Hernández Guerrero”, *Temperamentum. Revista internacional de historia y pensamiento enfermero*, 16, pp. 1-3.
- _____ (2020), *Biombos y espejos*, *Cultura de los Cuidados* (Edición digital), 24 (56), pp. 42-75. <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2020.56.04>
- VV.AA. (2025), *Homenaje a Francisco Herrera Rodríguez, profesor de la Universidad de Cádiz*, *Cuadernos de Investigación de Fondos del Archivo de la UCA*, 7. <https://revistas.uca.es/index.php/cifa/issue/view/606>